

Las artes y la ciencia
Fecundan la lumbreira
Con que en la senda del saber camina
El hombre pensador; y la experiencia
Muestra la perspectiva lisonjera
Que á la pingüe fortuna determina

¡Ciudadanos! Guerreros inmortales,
Fuertes columnas de la patria amada:
¡Escribid de la historia en los anales
Nuestra carta sagrada!...

Y vosotros, soldados valerosos;
No permitais que en el feroz Oriente
Coloque el extranjero férrea planta.
Y el día que los déspotas lo insulten,
Bajo la espada que al servil espanta
Los tronos y sus siervos se sepulten!
Y antes que el cetro del tirano fiero
Otra vez nos oprima,
Descendamos gustosos al abismo
Y sobre las cenizas del guerrero
El mismo cielo nuestra muerte gima!



ADOLFO BERRO (1)

EL ESCLAVO.

De luna que espira la luz macilenta
Las vías aclara del ancha ciudad:
Silencio, do quiera, la noche sustenta,
Y al sueño se libran virtud y maldad.

En tanto á la puèrta de humana morada
Un hombre infelice se mira llorar;
Sus ojos que brillan en faz atezada
Parecen del cielo justicia implorar.

¡Ay misero, exclama, con flébil acento,
De aquel á quien roba destino fatal
Amigos y deudos, en solo un momento,
Y lejos arroja del suelo natal!

Sus lágrimas corrien ardientes, en vano,
Y en vano con ellas procura mover,
Que el blanco no mira con ojos de hermano
Al triste á quien negro le cupo nacer.

(1) ADOLFO BERRO nació en Montevideo el 11 de Agosto de 1819. Cursó jurisprudencia é hizo su práctica al lado de Florencio Varela, cuya amistad sin duda decidió la vocación del poeta. Su nombre, que ha quedado estrechamente vinculado á la histo-

* * *

Nada queda á mi existencia,
Arrojada con violencia
A esta tierra de dolor.
El recuerdo me devora,
Que me dice á toda hora
Soy esclavo y fui señor.

Como sigue al condenado
Del verdugo ensangrentado
Fiera imágen ideal,
Que acrecienta los tormentos
De sus últimos momentos
En la vida terrenal.

Así acosa al africano
El aspecto del tirano
Que cautivo le llamó,
Y que injusto le condena
A arrastrar servil cadena
De que el cielo le eximió.

¡Pobre negro! Tus pesares
Se redoblan á millares
En la torpe esclavitud!
Que tu bárbaro destino
Es llorar y de contino
Ver abierto el ataud.

* * *

¡Por qué un alma noble me dieras, oh Cielo!
Si liga coyunda mi fuerte cerviz,
Si miro do quiera mil rostros de hielo
Y escucho palabras de muerte, ¡infeliz!

Iguales nos hizo la mano invisible
Del Dios sempiterno de paz y de amor,
Y en todos la llama prendió inextinguible,
Destello sublime del alma Señor.

En nave soberbia al Africa ardiente
El blanco codicia levára y maldad
Cautivo el inerme condujo insolente
Violando las leyes de santa igualdad.

Hundirle en sus aguas al mar no le plugo
Que senda espaciosa tranquilas le dan,
Y al negro condenan á bárbaro yugo,
A vida infecunda de misero afan.

* * *

Escucha la plegaria
¡Oh padre de natura!
Que en llanto y amargura
Eleva el alma á tí.
Destroza con tu soplo,
Que abate las naciones,
Las bárbaras prisiones
Del hombre de color.

Celebran tu justicia
En coros reverentes,
Mil pueblos diferentes
Del Sur al Setentrion.
¿Y sólo tus miradas
No alcanza al africano?
¿Le apartas de tu mano
Le libras al dolor?

ria literaria del país, representa la tradición de toda una época. Sin embargo su gloria no está en lo que ha sido, sino en lo que hubiera podido ser. Sus composiciones tiernas y melancólicas, inspiradas en el incoloro romanticismo de principio del siglo, son frutos de una sensibilidad exquisita. No hay en ellas arranques épicos ni gritos inspirados; un sentimentalismo sereno y dulce guía al poeta. Pero en todos sus versos hay una suma de candor y sinceridad que los hace adorables. Poco tiempo antes de morir reunió sus composiciones en un volumen titulado *versos*. Su temprana muerte produjo verdadero duelo. Falleció en 1841, á los 22 años. Sobre su tumba Juan Carlos Gómez se reveló recitando unos hermosos versos. La juventud de la época erigió un monumento en la necrópolis al poeta. Su lema dice: «A la memoria de Adolfo Berro. La juventud de su patria. — Año 1841. — R. I. P.»

Reservas al que ofende
La vida de tu hechura,
Tras larga desventura
La muerte de Caín:
Y al blanco que en crueza
Excede al tigre fiero,
¿Tu rayo justiciero,
Señor, no alcanzará?

Eseucha la plegaria
¡Oh padre de natura!
Que en llanto y amargura
Eleve el alma á ti.
Destroza con tu soplo,
Que abate las naciones,
Las bárbaras prisiones
Del hombre de color.

EL AZAHAR.

Flor sencilla á cuya vida
Breves horas marca el cielo,
Para imagen en el suelo
Del contento mundanal.
Es tu aroma regalado,
A mi espíritu doliente
Cual de virgen inocente
El cercano respirar.

En tí encuentra blando alivio
El ausente que padece,
Tu belleza se le ofrece
La que su alma cautivó.
Y mirándote arrobado
Mil recuerdos en su mente
Se despiertan blandamente:
¡Mil recuerdos de placer!

Tiernas hojas nacaradas
Te dió grata la natura,
Y á tu caliz la amargura
De las hieles del amor.
En su negra cabellera
La hermosura te ensortija,
O tu trono alegre fija
En sus labios de rubí.

¡Cuántas veces mis temores
Flor querida, disipaste!
¡Cuántas veces mitigaste
De mi amada la esquivéz!
Hoy de nuevo la esperanza
En tí el alma deposita,
¡La esparanza! que marchita
Veré luego con la flor.

LA RAMERA.

I.

Tierna mujer que la lozana frente
Graciosa eleva de carmín teñida,
Suelto el cabello que feliz descende
Al albo seno do el placer se anida.

En danza alegre, sobre alfombra roja
El pié lijero, como el aura, mueve;
Gota luciente sus mejillas moja,
Que blanco lino en el instante bebe.

Mil lazos forman en voluble juego
Sus altos brazos con primor velados,
Mientras ardiendo en revoltoso fuego
Los ojos giran, por amor formados.

Cual vaga nube que sus alas tiende
Sobre las aguas á la luz primera,
Vuela la veste, que en el talle prende
Con jalde broche, de gentil manera.

Imagen de los seres que la mente
Del poeta adormido vé en la esfera,
¿Quién eres, di, mujer resplandeciente?
¿Un ángel? no ¡gran Dios! una ramera.

II.

¡Ramera! nombre execrado
Que nacido en la torpeza,
Es baldón de la belleza
Que le lleva por el mal.

Nombre de halago y misterio,
De perdición y ventura,
Que muere en la desventura
Como el arista en el mar.

¿Y tú le llevas, hermosa,
Sin confusión y sin pena,
Riendo de ese anatema
Que la sociedad te echó?

¿No lloras, mujer, no lloras
Cuando pasando altanera,
La esposa dice « ¡Ramera! »
Trémulo el labio de horror?

¿No lloras, cuando á tu rostro,
Do nieve y rosa atesoras,
Ves qual marchitan las horas
Que pasas en embriaguez?

¿No tiembles cuando procuras
Rasgar el espeso velo
Del porvenir, y tu anhelo
Desprecios, miseria vé?

¡Terrible, cierto, es en medio
De la festiva velada,
Oír esa voz helada
Que marca el tiempo que fué:

Terrible tras danza loca
Dormir en lecho de amores,
Y despertar en dolores,
En la horfandad y vejez!

¿Y ríes, y herido el suelo
Bajo tu planta retumba,
Ramera, mientras derrumba
Su carro el tiempo veloz?

En vano hermosa te ostentas,
En vano en gozo te bañas,
Que abrigan hiel tus entrañas,
Veneno tu corazón.

¡Ay! ese cuerpo elegante
Que adornas con tanto anhelo,
Pronto despojo del suelo,
Será un objeto de horror;

Y en infernales orgías
Tu cráneo hueco y maldito,
Capa será del precito
Do beba negro licor

III.

Deja, loca mujer, la danza impura;
Arroja tanta gala mundanal,
Y en vez de la brillante vestidura
Toma de penitencia ancho sayal.

Desecha los deseos que se abrigan
En tu seno, que vela ya el pudor:
Rompe esos torpes lazos que te ligan
Cual parásita hiedra á tierna flor.

Elévense tus preces ejemplares
Al Dios que « la luz sea », dijo, y fué:
Arrójate á los piés de sus altares,
Y exclama en mar de llanto « ¡yo pequé! »

Vuela, que un solo instante de tardanza
Las sendas de salud te cerrará;
Y do buscaba aliento tu esperanza
Reprobación eterna encontrará!

EL RUEGO DE UNA MADRE.

En bóveda estrecha
De negra capilla,
Al pié de la esposa
De Dios sin mancilla,
Mujer enlutada
Se mira postrada
De hinojos orar.

Virgen, dice, lacrimosa,
De Dios padre tan querida,
Por la sangre que vertida
Los humanos rescató,
Vuelve á mí tus dulces ojos
Ten piedad de quien te implora,
Que la culpa roedora
Me consume sin cesar.

¡Yo pequé! Bebí en la copa
Rebosada de impureza,
Con que brinda á la belleza
La maldita corrupción.
Hubo un hombre que en mis labios
Derramó infernal veneno;
Yo le abrí mi incauto seno
Y él... ya madre me dejó.

Mil desprecios me aguardaban
En un mundo sin clemencia,
Que seduce á la inocencia
Y se burla de su afán:
Un horrible pensamiento
Brilló entonces en mi mente;
Yo dí á luz un inocente,
Y á este templo le arrojé!

Jamás negaste tu amparo
A la inocencia que llora
¡Ay! tú lo puedes, señora,
Alivia tú su dolor. *Romeo.*

¡Hijo mío! El seco labio
Te dió aquí el adiós postrero;
Un quejido lastimero
De tu boca se exhaló.
¡Ah perdón! de entonces siempre
Resonando está en mi oído
Ese lúgubre gemido
Que me acuerda mi maldad.

¿Te dió amparo algun cristiano!
¿Vives, hijo, acá en la tierra?
O tal vez — ¡gran Dios! — te encier-
[ra] ¡El abismo del no ser!
¿No me ves, hijo del alma,
No me ves aquí humillada,
A la virgen adorada
Que me absuelva, demandar?

Torpe madre, impresas llevo
Del delito las señales;
Me desprecian los mortales
Y me aguarda el ataud.
¡Ah! morir sin esperanza
De abrazarte en ese cielo
De do acaso el desconsuelo
De tu madre viendo estás!

¡Imposible! que me abrumen
En el mundo los pesares,
Que se aumenten á millares...
Soy indigna de perdón.
Mas ¡oh virgen! un instante
Vuelve á mí tu rostro pío,
Logre ver al hijo mío,
Santa madre de Jesús.

CANTO DE LA PROSTITUTA.

Jazmines albos y purpúreas rosas
Adornen hoy mi peregrina sien;
Baje el cabello destrenzado al seno
Que, mal velado, palpitando esté.

Inquietas brillen las pupilas negras
Como agitadas por intenso ardor,
Y en torno al lecho, do la frente pose,
Incienso ardan de embriagante olor.

Venid, doncellas de rubor teñidas,
Esposas fieles, que bendijo Dios,
Venid — testigos de su dicha quiere
La vil ramera que os inspira horror.

Venid — Arturo, el de los labios rojos,
De las palabras con sabor de miel,
El prometido de la hermosa Elvira,
Que mil de veces la juró ser fiel;

Hoy en mis brazos buscará el delirio
Que no consigue vuestro amor causar,
Que no se encuentra en vuestros besos tibios,
Ni en vuestro rostro se pintó jamás.

También Eduardo, de Lucía esposo,
En mis halagos buscará el placer,
Y reclinado en mis desnudos hombros,
Verá las horas, sin afán correr.

¡Con cuánto gozo beberé su aliento
Para templar esta insaciable sed,
Que los desprecios de la amante esposa
En mi alma hicieron, por su mal, nacer!

Ella, la vana! que al pasar volvía
Para no verme la encendida faz,
Cual si temiera que mi vista ardiente
Le arrebatara su envidiable paz:

Y recogía los flotantes pliegues
De su vestido, como el cielo azul,
Porque la brisa, revolando inquieta,
No le rozara con mi leve tul.

Pensaba, acaso, que su dicha eterna,
Sería siempre como el mismo Sol,
¡Y un solo instante se abrigó en su seno,
Como el perfume en la cortada flor!

Tal vez, en tanto que su ingrato esposo
Raudales de oro verterá á mis piés,
Y con guirnaldas ceñirá mi frente
Para besarla con ardor después;

Sola, anegada en perdurable llanto,
Ella los ojos tornará al Señor,
Sustento pobre demandando, en vano,
Para los frutos de su triste amor!

Venid, doncellas de rubor teñidas,
Esposas fieles, que bendijo Dios,
Venid — testigos de su dicha quiere
La vil ramera que os inspira horror.

DOLOR.

En los primeros años de la vida
Cuando el mundo nos brinda con su amor,
La sonrisa del tedio está en mis labios,
En mi pecho el veneno del dolor.

La copa donde rápidos placeres
Dióme un día á beber la sociedad,
Está exausta á mis ojos, que anegados,
Del cielo en vano imploran la piedad.

Locuras de las horas que pasaron
Atribulan mi pobre corazón,
Y el negro pensamiento de la muerte,
Detiene el vuelo audaz de la razón.

¡Morir, cuando en redor todo respira,
Cuando todo sonríe en el solaz,
Sin que un ángel de gracia en la agonía
Me dé pasando el ósculo de paz!

¡Morir, sin que entre el polvo los tiranos
Haya visto en el mundo de Colón,
Demandando al eterno en mis plegarias
Para los abatidos el perdón!

¡Morir, cuando se agita el orbe entero
En pos de esa deseada libertad,
Sin que pueda el camino, arrebatado,
Mostrar á la obcecada humanidad!

¡Y dejar en el suelo por memoria
El recuerdo fugaz de un ataúd,
Con los trancos acentos arrancados
En horas tribuladas al laud!

¡Ay! yo pensé que acaso ablandarían
Las lágrimas vertidas al Señor,
Y que al dar á mis labios sed de canto
Era signo primero de su amor.

Ensueños de ventura tuve entonces
Como los de la esposa juvenil,
Que el deseado hijuelo en sus entrañas
Por la primera vez siente latir.

Mas se apagó en naciendo mi esperanza
Cual en la noche roja exhalación...
Y las hondas ideas de la tumba
De nuevo han inundado la razón.

LA VIRGEN BANÁNDOSE.

Non creo las rosas
De la primavera
Sean más fermosas.
Santillana.

Sobre la playa extendida
El mar sus ondas desliza,
Y en la arena movediza
Templa el ímpetu fugaz.

Riela en las verdes aguas
Del sol la luz placentera:
Cruza en tanto la ribera
Doncella de blanca tez.

No es más hermosa en el Cielo
De amor la fúlgida estrella:
No el azahar que descuella
En el florido jardín.

Sueltos los cabellos viene,
Desnudo el pié torneado,
Y el albo cuerpo velado
En rozagante cendal.

Sin duda quiere en las aguas
Templar el ardor de Enero,
Por eso al rayo primero
Dejara el paterno hogar.

Llega á la orilla y se pára,
Que frío el líquido siente;
Córtale luego impaciente
Como veloce alción.

Mirábala yo embebido
Perderse en alegre juego,
Y sobre las aguas luego
Húmedo el cuello mostrar.

— Dichoso el mortal, la dije,
Que amor encuentre en tus ojos;
Disiparás sus enojos,
Como las nieblas el sol.

Vivir en la tierra ingrata
De un ángel de paz al lado,
Para en su seno arrullado,
Dormir exento de afán:

Beber el hálito suave
Que exhala inocente boca,
Cuando el halago provoca
Con sus palabras de amor:

Mirar el rostro sereno
Contino de la hermosura
Que á ser del hombre ventura,
Predestinada nació:

El porvenir es, sin duda,
Que aguarda, niña hechicera,
A quien la diestra sincera
De virgen esposa dés.

Mas ¡ay! que si á lazos profanos
Sujetas el débil cuello,
Verás cual vano destello,
Nacer la dicha y morir.

Que amarga pena se abriga
Por siempre, niña, en el pecho,
Si cae una vez deshecho
Muro que alzara el pudor.

Huye del hombre engañoso
Las seductoras miradas,
Que van en ellas mezcladas
Venturas y perdición.

Así la rosa, que aromas
Esparce en el prado ameno,
Perece si el tierno seno
Hieren los rayos del sol.

Deja las aguas, incauta,
Vuelve á tu pobre morada,
Y allí, del mundo olvidada,
Amor y dicha hallarás.

Crece en el bosque sombrío
La ruborosa violeta,
Y nunca mano indiscreta
La roba al suelo feliz.



JUAN CARLOS GÓMEZ (1)

¿TE ASUSTA MI EXISTENCIA?

¿Te asusta mi existencia, el mar en que navego,
la tempestad continua que asalta mi bajel,
y por mi vida elevas desconsolado ruego,
perdida la esperanza de que me salve en él?...

No temas, tierna amiga; dentro del pecho siento
el corazón más fuerte, más alto que ese mar;
aunque la barca es frágil, la vela ciño al viento
y en el timón batido firme la mano va.

Si el huracán arrecia y aligerar el leño
es fuerza á cada instante para poder bogar,
iré arrojando al piélago, ya una ambición, ya un sueño,
una afección querida, una esperanza más.

(1) El doctor JUAN CARLOS GÓMEZ nació en Montevideo en 1820; él mismo lo ha dicho, «nací en la época de las montoneras y las independencias» Fué un producto genuino de la democracia americana. Eterno peregrino de la libertad, su vida es una larga cadena de desventuras; proscrito desde su juventud, arrastró á través de tierras extrañas sus tristezas y sus sueños, dejando en todos los sitios en que posó la planta, el recuerdo de su melancolía incurable. Era una alma enferma, sufría